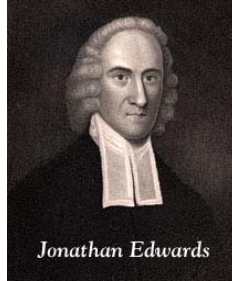


# La Experiencia de Conversión de Jonathan Edwards



Jonathan Edwards  
1703 – 1758

**A** sí describió Jonathan Edwards los primeros días de su nueva vida como cristiano: ...mi percepción de las cosas divinas se incrementó, haciéndose gradualmente más viva y dulce. Todas las cosas cambiaron. La presencia de la gloria divina parecía esta en casi todo y era acompañada de una dulce calma. La excelencia, la sabiduría, la pureza y el amor de Dios parecían estar en todo: en el sol, en la luna, en las estrellas, en las nubes y en el cielo azul; en la hierba, en las flores, en los árboles, en el agua y en toda la naturaleza. Mi mente no podía dejar de ver así las cosas.

Con frecuencia me sentaba por la noche a contemplar prolongadamente la luna, y en el día, pasaba mucho tiempo mirando las nubes y el cielo pues podía contemplar la dulce gloria de Dios en estas cosas, y mientras hacia esto, cantaba con suave voz sobre lo que contemplaba del creador y redentor.

Entre todas las obras de la naturaleza, pocas cosas me eran tan dulces como los relámpagos y los rayos, a pesar de que anteriormente nada me parecía tan terrible ni me causaba un terror tan inusual. Yo solía espantarme cada vez que veía venir una tormenta eléctrica. Pero ahora, al contrario, me producía gozo. Las tormentas de rayos me hacían sentir a Dios y yo aprovechaba esos momentos para ver las nubes y los rayos jugar y para escuchar la terrible y majestuosa voz de Dios en los relámpagos, los cuales me parecían extremadamente entretenidos y me motivaban a la dulce contemplación de mi grande y glorioso Dios. Envuelto en esto, me parecía lo más natural hacer melodías sobre estas cosas.

Sin embargo, aunque yo sentía gran placer con todo esto, no me sentía satisfecho. Mi alma anhelaba con vehemencia a Dios y a Cristo, y anhelaba la santidad, lo cual llenaba mi corazón de quebrantamiento. Esto me hacía recordar las palabras del salmista “quebrantada esta mi alma de desear” (Sal. 119.20). Me daba pena y tristeza no haberme vuelto a Dios antes pensando que podría haber tenido más tiempo para crecer en gracia. Mi mente se mantenía enfocada en las cosas divinas casi todo el tiempo, y esto siguió siendo así, año tras año. Con frecuencia caminaba solo en los bosques y en lugares apartados para meditar, orar y tener comunión con Dios; y como siempre, cantaba acerca de lo que contemplaba.

Casi siempre estaba orando mentalmente, donde quiera que estuviera. La oración me parecía tan natural como la respiración, y era la manera en que el fuego de mi corazón se ventilaba. La delicia que yo sentía en las cosas espirituales era superior a cualquier cosa que hubiese experimentado antes. Era una pureza interior que animaba y refrescaba mi alma. Nada de lo que había experimentado antes había alcanzado mi corazón pues no brotaba de una visión de la excelencia de las cosas de Dios ni tenía este buen sabor divino que satisface y da vida al alma.